

IMPRESION DE CACERES

Por A. T'SERSTEVENS

SE llega a Cáceres (1) por la avenida trivial que conduce a todas las estaciones en todos los países, y se desciende por una brecha sangrante en plena carne de la vieja ciudad, a la Plaza Mayor, que es una cualquiera de esas plazas con soportales como se ven en todos los pueblos de esta región.

Nada hace presentir el carácter excepcional de esta ciudad, ni sobre todo su incomparable *unidad*.

He dicho, a propósito de Ronda, lo que quería expresar con esta palabra y la importancia que le concedo a la atmósfera (2). Cáceres no tiene solamente esta doble atracción, sino que reúne además un conjunto de perfección y de nobleza arquitectónica que no tiene nada de análogo en España, ni quizá en Italia. La ciudad antigua, la única que nos interesa, está edificada en la cumbre y sobre las faldas de una colina rodeada de una muralla que el parasitismo de la vida invadió tan bien, que se hace difícil encontrarla. La torre de Bujaco, en la Plaza Mayor, es sin duda un fragmento de ella o un reducto, como también el Arco de la Estrella y el del Cristo, del otro lado de la colina. En ciertas callejuelas se sigue, a veces, algo parecido a la muralla, pero está agujereada por tantas puertas y ventanas y tan a menudo cubierta de tejados que no se puede decir donde acaba la muralla y donde comienzan las viviendas.

Tras la Torre de Bujaco se llega a la vieja ciudad, pasando bajo una bóveda que soporta una casa blanca y cruzando enseguida el Arco de la Estrella, que es ancho y rebajado; una capillita de estilo barroco, la corona entre las almenas del recinto árabe, pero no se

(1) Por la escasa difusión que en nuestro país ha tenido la obra de T'Serstevens creemos de interés para los lectores de esta revista el conocer la elevada opinión que le mereció el conjunto urbano de Cáceres.

Para el viajero francés, Cáceres, Ronda y Córdoba, por este mismo orden de preferencia, son las tres ciudades más interesantes que encontró en el viaje realizado allá por 1933 a través de España, siguiendo la ruta del litoral mediterráneo que empieza en Figueras y llega a Cádiz, para entrar luego por Córdoba en Extremadura y seguir más tarde por Castilla hasta Bilbao y Fuenterrabía.

Sus palabras son terminantes cuando al hablar de Ronda asegura que es «después de Cáceres, la ciudad que prefiero en la España de este viaje».

Con la publicación de esta impresión de tan agudo y perspicaz viajero ayudaremos a dar a conocer la vieja Cáceres, cada vez más estimada por todo viajero que acierta a visitarla.

(2) Se refiere el autor a la importancia del ambiente creado por el conjunto de detalles urbanos como el pavimento de las calles, el color de las piedras de las casas, la forma y color de los tejados, la composición de las fachadas con sus rejas, puertas, etcétera.

ve la huella de la estrella (3) que ha dado su nombre a la puerta. Se dejará uno luego ir a su gusto, bien yendo directamente hacia la iglesia de Santa María, bien caminando a la izquierda donde ya se encuentran bellas casas solariegas; pero se evitará subir la callejuela de la derecha que no conduce a nada.

Yendo del lado de Santa María, se entra progresivamente en contacto con el alma de Cáceres. No se encuentran a primera vista más que algunos palacios aislados entre casas bajas sin carácter. Tal la de los Vizcondes de Roda: son majestuosos y ceñudos, altos muros casi desprovistos de ventanas, con un balcón de piedra muy saliente, antepecho amplio y consolas macizas que campean en el ángulo de la pared, en lo alto de la fachada.

Están construidas, como todos los edificios de Cáceres, con un granito amarillo tostado, muy duro y muy resistente. A esta dureza de la piedra, tanto como a la mentalidad de los constructores, se debe la gran simplicidad de los ornamentos, y a su resistencia a la intemperie, el estado de conservación de esta ciudad, intacta hasta en los menores detalles. Por otra parte, la vida jamás la abandonó; el silencio que reina en sus calles no es el del abandono sino un aspecto más de su aristocracia.

Si se continua subiendo, se ve cada vez mejor cómo se coordinan los elementos que hacen de Cáceres una ciudad única. Los palacios y las iglesias están vecinos, casi pegados, unos y otros marcados de cierta altivez defensiva, como si fuese una armadura. Sus muros unidos, cuya belleza está hecha de líneas y de materias constructivas, no tienen nada que pueda distraer la admiración; tiene aquella estabilidad que solo se encuentra en los monumentos del antiguo Egipto y ante ciertas páginas maestras del siglo dieciséis.

Cuando se penetra en la plaza de Santa María, se comprende que vamos a encontrarnos ante la realización de esta ciudad altiva, pero lo que no se puede adivinar es que esto no es más que la entrada de todo un barrio de la misma esencia espiritual. Esta plaza está formada por la Iglesia, el Palacio Episcopal y el del conde de Torre de Mayor algo que es una de esas viviendas nobiliarias que se llaman en español, casas solariegas. Todo esto crea un conjunto de una perfecta unidad, donde las épocas y los estilos se confunden en un mismo espíritu.

Esta es la ciudad de los *conquistadores* que han drenado todas las riquezas de las Indias. Volvían relucientes de polvo de oro y se hacían edificar moradas a su imagen, cerradas como fortalezas, para esconder en ellas los tesoros que habían amasado.

Los pisos bajos no tienen ventanas. Las dos o tres casas que las poseen las han guardado con rejas que forman nudos de hierro. La puerta se abre en una pared desnuda. Es maciza, claveteada de arriba abajo y cobijada por un arco de enormes piedras talladas en sec-

(3) La puerta toma su nombre de la imagen de la Virgen de la Estrella, que se guarda en el camarín colocado sobre aquella y no de ninguna estrella, como parece suponer el autor.

ción de bóveda que forman un amplio abanico. Con frecuencia no hay en la parte baja de la casa otro ornamento que esta construcción sumaria. A veces, sin embargo, como en el Palacio Episcopal y en la casa solariega, está encuadrada por un pórtico de pilastras con medallones en los ángulos. Los aventureros de México y del Perú pusieron en esos medallones caras de caciques y de indios.

La casa no tiene generalmente más que un piso y nunca pasa de dos. Las de la Plaza de Santa María tienen uno solo. La parte alta de la puerta está ocupada por blasones de alto relieve, el escudo ordinariamente inclinado hacia la calle y coronado por un casco. Una ventana con balcón, cuadrada o con arco, se abre a cada lado del escudo. Otras dos, si la fachada es muy ancha, rompen además el muro a la misma altura. La cornisa del techo no es más que una moldura que sostiene las últimas tejas. No habría otro ornamento si la fachada no estuviese cortada por un grueso cordón de piedra que parte verticalmente de una ménsula puesta a la altura de un hombre, y a cada lado de la puerta, encuadrando con pesadas líneas rectas la puerta y su escudo, o todo el centro de la fachada comprendiendo las dos ventanas, hasta la cornisa del tejado. Creo firmemente que es este cordón el que da a las casas de Cáceres la mayor parte de su majestad.

El palacio del Conde Mayorazgo, en la plaza, ofrece el ejemplo de una fachada con doble cordón encerrando en sus verticales el conjunto de la puerta, el escudo y las dos ventanas y encuadrando con otros dos verticales el escudo y sus follajes.

Se irá también a ver, cerca de allí, la casa del Padre Búfalo, que fué construída por los descendientes de Moctezuma, el último rey del México tolteca hecho prisionero por Cortés. Es una de las más emocionantes de Cáceres. Parece un conquistador con su armadura, la visera bajada y el escudo al pecho. El cordón de piedra encuadra la puerta y el blasón, cargado de un sol de dieciséis rayos, sostiene, no solamente la ventana del primer piso, sino también todo lo alto de la fachada que, sin él, no tendría ningún lazo con la base.

El de la casa de los Golfines se ha bastardeado. No tiene la misma calidad monumental. Es una guirnalda labrada, suspendida por bajo de la ventana más alta, que cae en curvas y ángulos de paño hasta los costados de la puerta. Esta casa de los Golfines es la expresión decadente del estilo de Cáceres. Yo prefiero, sin duda, por su porte altivo, la casa de los Carvajales. Aquí el cordón no encuadra más que el escudo, y la fachada parece una medalla.

En ella puede verse uno de los motivos más característicos de la casa de Cáceres: la ventana de ángulo, especie de tarja larga y estrecha, tallada en la fachada, en el ángulo de dos calles y precedido de un balcón de balastrada de hierro que permite ver en una y otra calle. El casino de la Concordia, que se encuentra subiendo hacia Santa María, y otros palacios de la ciudad antigua, tienen este balcón de ángulo, pero ninguno tiene el estilo puro y austero del de los Carvajales.

A veces la casa se apoya en una torre que la sobrepasa en una altura de dos o tres pisos. Sería sin duda el último refugio del propietario en caso de motín o de luchas intestinas. Tiene generalmente almenas y ventanas árabes o de estilo mudéjar y lleva también la marca de su origen. La de las Cigüeñas, forma con la iglesia de San Mateo, la casa de las Veletas y algún otro palacio un conjunto más vasto y aun más imponente que el de la plaza de Santa María. Corona la cumbre de la ciudad con sus altaneras fachadas de granito. Está pavimentado, como toda la ciudad, de grandes piedras planas, irregulares, que acaban de dar a esta plaza el carácter rudo, un poco bárbaro, de los que la edificaron.

La casa de las Veletas está construída sobre las ruinas del antiguo Alcázar. Conserva un bello aljibe parecido a los que se encuentran en la vieja Estambul.

Es preciso verlo a la hora en que el sol hiere la pequeña puerta que le da acceso. La luz invade por refracción los elegantes arcos de herradura que se apoyan sobre columnas, cuyo fuste emerge de una balsa límpida, con ese verde azulado de las aguas inmóviles. Es por este lado, en la trasería de la casa, donde se descubren los restos de la fachada musulmana, con su sorprendente balastrada de cerámica verde, ante la cual una palmera hace la rueda.

El palacio de los Golfines, de que hablé, no es la más bella, sino la más adornada de las casas de Cáceres. Lo está con esa sobriedad que impone un material difícil de trabajar. Todo el bajo está hecho, como en las otras, de grandes muros unidos donde se despliega el arco de la puerta. Una especie de torre cuadrada, sin una ventana, sin un listel, avanza en medio de la fachada. Está hecha, hasta los tres cuartos de su altura, de grandes bloques de granito encintados, la parte alta está decorada con un gran escudo en relieve puesto sobre follajes y encuadrados por una cartela y dos medallones. Está, como toda la fachada, coronada por un friso o crestería calada, hecha de delfines boca abajo. Es de una riqueza un poco veneciana, pero de una economía de material típica de Cáceres. Las iglesias participan de la arquitectura general. Están construídas con el mismo granito, tienen el mismo aspecto de fortaleza, de la misma simplicidad de líneas y de ornamentación.

Tan sólo la puerta está decorada, bien sea con una ojiva sin esculturas, como Santa María y Santiago, bien sea con un pórtico renacimiento, como San Mateo, parecido al de la casa solariega. Se ven allí los mismos escudos en medio de las superficies desnudas de la fachada o de la torre. El pórtico de Santiago está encuadrado por dos contrafuertes, cuya base, vaciada en forma de arcada, se apoya sobre un enorme pilar redondo con capitel cuadrado. Es de una robustez que, por la voluntad y la inteligencia de estos arquitectos incomparables, no excluye el atrevimiento. Esta piedra tan noble con que está edificada toda la ciudad embellece igualmente el interior de las iglesias. Las tres naves góticas de Santa María tienen ese color caliente del granito patinado por el incienso y los cirios. Los muros están revestidos de escudos, de cartelas, de severas figuras en relieve

que son las tumbas de todos aquellos plebeyos andrajosos que partieron para las Indias y tornaron cargados de tesoros y de blasones.

* * *

Bajando del otro lado de la plaza de San Mateo, se llega al barrio popular y al Arco del Cristo, que, como el de la Estrella, es una parte del antiguo recinto. Nada hay tan típicamente español, ni tan característico de lo que yo llamo el parasitismo de la vida.

Este arco es, me dicen, una antigua puerta romana. Quiero creerlo y la manera de estar colocadas las piedras de la bóveda parece confirmar esta hipótesis.

Descendemos por la cuesta que pasa bajo esta puerta y conduce a la Fuente Concejo, donde se recoge la mejor agua del país.

Todas las mozas van a buscarla con sus cántaros a la cabeza. Son como ánforas alargadas, con dos asas que arrancan de lo alto del cuello y se adhieren a lo alto de los flancos.

Bajo el alto capitel que sugiere este cántaro, parecen columnas rechonchas y participan, ellas también, de la arquitectura de esta ciudad maciza.

De su libro «L'itinéraire espagnol». Traducción de J. R. F. O.



GALERIA de COLABORADORES de ALCANTARA

Comenzamos a publicar en este número las caricaturas de nuestros colaboradores, debidas al lápiz agilísimo y magistral de un veterano en este género de actividades artísticas, D. Lucas Burgos Capdevielle.

Muy conocido de nuestros lectores por sus notables aptitudes, no creemos necesario hacer su presentación, pero sí queremos darle una prueba de agradecimiento por la valiosa ayuda que desde hoy va a prestarnos, así como a los jóvenes dibujantes señores Murillo, Tori y Zorita, que en un futuro próximo también enriquecerán y amenizarán con su maestría las páginas de nuestra Revista.

PAGINAS FEMENINAS

EL GORRIÓN

(CUENTO)

UN murmullo de voces infantiles que se confunden con el trinar de los pajarillos que revolotean en la alameda, forma una alegre algarabía que pone una nota de animación en la quietud de la mañana.

Son los niños de un asilo de huérfanos que a una voz alborotados, lanzan exclamaciones de júbilo al ver cómo uno de los gorrioncillos del jardín ha entrado en la clase.

Permanece ahora agazapado en la mano de Carlitos: uno de los pequeñuelos, el cual acaricia a la avecilla y alisa con mimo sus plumas, como si quisiera hacer ver al pajarito que en sus manos nada puede pasarle, porque él no es de esos niños malos que gozan atormentando a los animales.

Carlitos ha sido el afortunado que logró atrapar la avecilla al entrar en la clase. Los demás compañeros le miran envidiosos, lamentando no haber sido ellos los que cogieran al animalito. Todos le rodean y cada uno le hace un ruego.

—Anda, dámelo a mí, y a cambio te daré mi pelota.

—Dí que no, Carlitos, no le hagas caso. Pues sí que no están ricos fritos o asados,—observa un muchacho mayor que los demás, bizco, de mirar atravesado, que se relame pensando que de haber caído en sus manos no hubiera tardado en pasar a su estómago.

Carlitos le mira con indignación.

—¡Qué bruto! ¿No te da pena del pobre animalito? ¿Te gustaría que hicieran eso contigo?

—No seas memo, afortunadamente yo no soy ningún animal y no temo que puedan comerme.

—Carlitos, yo tengo una jaula muy bonita y puedo dejártela. Si quieres, te ayudaré a cuidarle y hasta te proporcionaré comida para el pajarito.

—¡Gracias, Juanín!; pero no la necesito.

—¿Qué vas a hacer con él entonces?—le preguntan algunos no comprendiendo qué suerte le puede haber al pajarito que no sea la de matarle o enjaularlo.

—¿Que qué voy a hacer?—replica Carlitos muy serio—Ahora lo vereis. No quiero matar a mi gorrioncito. No tengo corazón para hacerlo; pero tampoco quiero encarcelarlo. ¿Os gustaría a vosotros veros en una jaula, por muy bonita que fuera? Tal vez es una madre que cuida a sus hijitos, los cuales se morirían sin ella, y yo no soy quien para separarla de ellos... El pobrecito está asustado... Mirad cómo nos mira; qué ojitos más negros tiene, y qué lindo es. No temas, pobrecito. Por suerte, no te cogió Luisito, que te hubiera ma-